

NUESTRA MISION EDUCATIVA, HOY¹

Antonio Botana, fsc

Cada uno de nosotros se ha preguntado probablemente muchas veces por su propia identidad. Lo mismo que Jesús en su vida retirada de Nazaret, cada uno se ha puesto ante el Padre y le ha preguntado: ¿qué esperas de mí? Cada uno, como Jesús, ha escuchado en su interior la voz del Padre: "Tú eres mi siervo, a quien elegí..."

Lucas nos presenta en su Evangelio un *icono* del comienzo de la vida pública de Jesús que va más allá de esa búsqueda y contemplación interior. Es aquella escena de la sinagoga de Nazaret, en la que Jesús, frente a sus convecinos reunidos en asamblea, lee la Palabra en la que él mismo se reconoce y que proclama el envío de que ha sido objeto por el Espíritu: "*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado...*". A continuación se compromete públicamente, aceptando en su persona el desafío que trae consigo la acción del Espíritu: "*Hoy se cumple ante vosotros esta profecía*" (cf. Lc 4,18-21).

Este *icono* de Lucas 4 puede aclararnos el significado profundo del acontecimiento que están ustedes protagonizando. La Orden religiosa que ustedes representan celebra Capítulo General: no se trata de una simple reunión de religiosos que comparten su búsqueda de Dios o se iluminan mutuamente para una mayor efectividad en la misión. El Capítulo General de una Institución religiosa tiene carácter de "rendición de cuentas" ante la Iglesia por el don recibido del Espíritu Santo, el carisma del que es administradora, no dueña; un don que se le ha concedido para el servicio de la Iglesia y la construcción del Reino de Dios. Al recibir su aprobación, la Institución asumió ante la Iglesia el compromiso de vivir en el presente el carisma del que es depositaria.

El Capítulo General es para la Institución lo que fue para Jesús aquella lectura pública ante la sinagoga de Nazaret. La Institución se presenta ante la Iglesia y ante el mundo al que ha sido enviada, "este mundo" de hoy, y en su presencia lee la Palabra de Dios que la compromete, la de la Biblia pero también la de los Signos de los tiempos. La Palabra le recuerda sus raíces y la invita a reproducir en el presente, con valor y audacia, la creatividad y la santidad de su Fundador.

A la luz de la Palabra de Dios recuperamos la conciencia de ser consagrados, de para qué y para quiénes hemos sido consagrados. Nos "re-fundamos", es decir, afirmamos nuestras raíces, pero en el presente, en el *kairós*, tiempo de gracia y salvación que nos toca vivir y que exige nuestra fidelidad creativa. El Capítulo compromete la Institución ante la Iglesia y el mundo de hoy, afirmando que *hoy se cumple el carisma, la profecía que encarna y da sentido a la Institución*. Y lo mismo que Jesús, tendrá que dar signos creíbles de ese cumplimiento.

El *icono* de Lucas 4 nos sugiere algunas preguntas. En la medida en que sepamos responder adecuadamente estaremos recuperando el dinamismo carismático de nuestros orígenes:

-¿Qué asamblea es ésta que nos contempla y ante la cual nos comprometemos? Es la pregunta por la Iglesia y el mundo en donde estamos y a donde se nos envía. -¿Quiénes somos hoy los actores de la misión, "*ungidos y enviados...*"?

-¿A quiénes somos enviados, qué necesidades reclaman hoy nuestra atención, qué sensibilidad hay en nosotros para reconocerlos...?

-¿Cuáles son las metas de nuestra misión, qué finalidades hemos de perseguir, qué significa hoy para nosotros "liberar", "salvar", "dar vista"...?

¹ Conferencia al 45º Capítulo General de las Escuelas Pías, Roma, julio 2003.

-¿Con qué signos atestiguamos que hoy estamos realizando el carisma, que estamos cumpliendo la profecía del Reino? ¿Qué opciones estructurales distinguen nuestras obras, qué prioridades marcamos en los medios que empleamos...?

1. LA ASAMBLEA QUE NOS CONTEMPLA

"Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él" (Lc 4,20)

Es una sensación extraña, quizá desacostumbrada para un Capítulo General urgido por hacer planes para movilizar la Institución. Pero es importante sentir la mirada de los hombres y las mujeres de hoy sobre nosotros. Antes de lanzarnos a preguntarnos por lo que podemos hacer por esta Iglesia y este mundo, dejemos que venga sobre nosotros la mirada interpelante e incluso desconfiada de la asamblea que nos contempla. Abrámonos a esa mirada, dejémosnos analizar por ella, busquemos la sintonía con los ojos que nos miran.

Una parte de esa asamblea está sentada muy cerca de nosotros: son todas aquellas personas con quienes compartimos la misión, son los educadores que enseñan en nuestras escuelas... Muchos de ellos unen a su cercanía el conocimiento y la vivencia de nuestro mismo carisma. ¿Qué dicen de nosotros? ¿Qué esperan de nosotros? ¿Qué frustraciones reciben de nuestra compañía?

Y ¿estamos preparados para escucharlos? ¿O hay interferencias en la comunicación? Comprobemos si nuestra manera de compartir la misión está contaminada por actitudes que dificultan la comunión, quizá como residuo de épocas pasadas: actitudes de superioridad espiritual frente a los creyentes seculares; de acaparamiento de los puestos de poder, so pretexto de asegurar los objetivos apostólicos; de autosuficiencia frente a la pastoral de las Iglesias locales; de distanciamiento en las relaciones humanas con los demás educadores, o de falta de sensibilidad ante los problemas y situaciones típicamente humanas de los compañeros seculares...

La asamblea donde leemos hoy la Palabra que nos envía representa, sobre todo, a la Iglesia. ¿Puede ella reconocernos como una parte vital suya? *"La vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión"* (VC 3). y desde ese corazón, ¿contribuimos realmente a renovar e impulsar la sangre que está dando nueva vida a la Iglesia? Muchos de los religiosos y religiosas de hoy parecen más bien formar parte de esos tejidos viejos que en el cuerpo de la Iglesia se resisten a la renovación; se miran a sí mismos, tal vez a su propia perfección, pero una perfección mal entendida porque está al margen de la comunión. *"Esta comunión es el mismo misterio de la Iglesia"* (ChL 18), es el núcleo central de su identidad, y es, por tanto, la esencia de nuestra propia vida religiosa.

Esta asamblea que nos contempla necesita ver en nosotros esa esencia de comunión O que va a contribuir a su renovación. Necesita ver que nuestra consagración no nos sitúa a parte de los demás cristianos, sino que está al servicio de la consagración de cada uno de ellos (cf. VC 33). y que nuestro ministerio no es una sustitución sino un signo que convoca a otros creyentes a participar en la misma parcela de la misión; y nuestro carisma, además de ser contagioso y no excluyente, tiende a armonizarse con otros carismas eclesiales.

La asamblea que nos contempla es, toda ella, un mundo en cambio. *El Instrumentum laboris* del Capítulo recoge en breve síntesis los desafíos que este mundo nos plantea. En esos desafíos llega la mirada del mundo sobre nosotros, y también la mirada del Espíritu, interrogándonos por nuestra capacidad de descubrir sus invitaciones, los caminos que él mismo está abriendo a la evangelización en el presente que nos toca vivir. Será preciso que esta asamblea pueda ver en nosotros al centinela vigilante, atento a descubrir y discernir

los signos de su entorno; como el profeta que vive a fondo la realidad de su tiempo y contempla en ella la acción de Dios.

2. LOS ACTORES DE LA MISIÓN. "UNGIDOS Y ENVIADOS"

"El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido... y me ha enviado..." (Lc 4, 18)

Ante esa asamblea que nos mira empezamos a leer la Palabra que descubre nuestra identidad, la Palabra que nos señala como protagonistas de la misión. Y lo primero que proclamamos ante la asamblea es nuestra referencia a Dios. El es el protagonista principal, y es él quien nos llama a participar en su obra salvadora. Si somos actores de la misión es porque él nos ha "ungido" o consagrado, y en ese mismo gesto va comprendido el envío. En este breve texto programático que Jesús toma de Isaías 61 está expresada la unidad de su identidad ministerial. Para captar toda su riqueza es preciso acudir, como lo hizo Jesús, como lo hicieron los autores del Nuevo Testamento, a los cánticos o poemas del Siervo de Yahvé, del segundo Isaías. En esos poemas se funden el sentimiento de pertenencia a Dios y el ministerio salvador que se ha confiado al Siervo. El Siervo se ve a sí mismo como mediador entre Dios y sus hermanos, entre Dios y el pueblo; sabe que es enviado a iluminar, y que esa luz le viene de Dios; sabe que es enviado a decir una palabra de esperanza, y que esa palabra depende de su propia capacidad de escucha al Señor. Experimenta el fracaso en su misión, pero sabe que es la obra del Señor y él tiene la última palabra... Y su salario está en las manos del Señor.

¡Qué lejos está esa unidad ministerial -consagración y envío- que caracteriza la identidad del Siervo de Yahvé, de la esquizofrenia con que a veces hemos planteado nuestra vida religiosa, dejando el ministerio reducido a una "actividad apostólica"! El *Instrumentum laboris* afirma adecuadamente: *"Nuestro ministerio educativo pertenece al núcleo esencial de nuestra vida religiosa"* (IL 73). Sólo partiendo de este principio se podrá comprender que nuestra consagración y nuestro ministerio son simplemente dos caras de la misma identidad; que nuestra pertenencia a Dios y nuestra dedicación a los hombres se alimentan y se justifican mutuamente; que el momento privilegiado de encuentro con Dios en nuestra vida religiosa no coincide con el tiempo reservado a la oración, sino con el encuentro con aquellos a los que somos enviados, porque es en ellos donde Dios nos espera. Y este momento de encuentro exige y necesita el otro, el de la oración, para captar el sentido del primero, para celebrarlo, para escuchar la voz de Dios que espabila nuestros oídos y nos descubre sus misterios para que podamos comunicarlos en la misión.

Esta especial relación entre consagración y ministerio, que constituye nuestra identidad religiosa, es nuestra primera aportación significativa a la misión educativa compartida. Compartida, sí, en una doble extensión: en primer lugar, porque nuestro ministerio educativo es un ministerio comunitario en el que participamos desde diferentes funciones. Pero además, según lo hemos recordado al preguntarnos por la asamblea eclesial que nos contempla, hoy participan en este ministerio educativo diversas identidades, religiosos y seculares.

"El Espíritu del Señor está sobre mí...": está sobre nosotros. Animados por el Espíritu, por el carisma que hemos recibido, hemos descubierto la educación de los niños y jóvenes como lugar privilegiado de presencia y crecimiento del Reino. Y esa experiencia es para nosotros fuente de plenitud humana y religiosa. ¿Qué podemos hacer para que los demás actores de la misión puedan beneficiarse también de este carisma, que desde él descubran el sentido y la riqueza evangélica de la tarea educativa que realizan, que lleguen a sentir también ellos esta palabra: *"El Espíritu del Señor está sobre mí..."*? Esta es hoy nuestra responsabilidad histórica: transmitir el carisma educativo que nos anima y facilitar

la formación correspondiente a quienes colaboran en la misión; ayudarles a convertirse en verdaderos y completos actores de la misión educativa, no sólo de la tarea.

Pero para poder cumplir con esa responsabilidad es necesario evitar el riesgo de dedicarnos excesivamente a la administración de las obras o el dejarnos arrastrar por el activismo. Necesitamos mantener la capacidad de descubrir a diario el carisma fundacional para poder ser inspiradores y transmisores del mismo.

La reflexión sobre nuestro protagonismo como religiosos en la misión educativa, reflexión hecha ante la Iglesia y el mundo de hoy, debe llevarnos a poner en cuestión el concepto asistencial que ha caracterizado tan fuertemente nuestra vida consagrada y ha dejado tan en segundo término su función simbólica y significativa. No es extraño que algunos religiosos se vean tentados con la sensación de la inutilidad cuando aquella función asistencial es menos requerida en la sociedad. Es normal que esto suceda cuando el religioso no ha puesto el centro de gravedad de su ministerio donde corresponde, que no son las tareas escolares sino el signo que a través de aquéllas hemos de ofrecer, el signo del Reino de Dios que irrumpe en nuestro mundo.

El protagonismo que se espera de nosotros en la misión educativa no consiste primariamente en suplir a los demás creyentes en la aportación que les corresponde en la misión de la Iglesia; tampoco nos corresponde solucionar a la sociedad los problemas educativos. Lo que sí se espera de nosotros es que actuemos como centinelas adelantados del Reino: lo nuestro es colocar señales que anuncien su llegada. Lo nuestro es la novedad; cuando la novedad ha sido asumida por la sociedad o, en su caso, por el conjunto de la Iglesia como una función ordinaria, debemos alegrarnos y prepararnos a ofrecer nuevas alternativas, *"nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy"*, *"nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales"* (VC 73).

Según esto, nuestro mayor esfuerzo debe ir dirigido, no tanto a mantener una presencia rutinaria en las obras tradicionales, cuanto a buscar soluciones a los nuevos problemas educativos, a plantear alternativas para muchos niños y adolescentes desescolarizados, a seguir renovando la escuela para que también ella sea un campo propicio para la manifestación del Reino de Dios.

Por la misma razón, evitemos que nuestro protagonismo se equipare fácilmente con la profesionalidad. Es necesario, sin duda, ser buenos profesionales para lograr la eficacia en la labor educativa. Pero la eficacia técnica, la mera profesionalidad, no justifica en ningún caso la presencia de una persona consagrada en la escuela. Es preciso poner en entredicho toda eficacia que no sea significativa ni interpeladora.

3. LOS DESTINATARIOS Y SUS NECESIDADES

"...Para llevar la buena noticia a los pobres... los presos... los ciegos... los oprimidos..." (Lc 4,18)

El texto con el que Jesús se identifica ante la asamblea de Nazaret no deja duda sobre quiénes son el motivo de que él haya sido ungido o consagrado, y quiénes van a ser los destinatarios directos de su misión: los pobres, los que están afectados por limitaciones que dificultan gravemente el desarrollo integral de la persona. Para ellos Jesús se siente enviado, para anunciarles la plenitud de la vida. Desde ellos su anuncio se extiende hacia todos sin exclusión, pero con una dinámica que atrae a todos hacia la solidaridad con los primeros, donde comienza el anuncio.

La unidad de consagración y misión en la identidad del Siervo de Yahvé, en la de Jesús, en la nuestra, no es una consideración abstracta sino muy personalizada, porque con-

sagración y misión tienen la misma motivación: los pobres, y desde ellos todos los necesitados de salvación.

Una auténtica espiritualidad de la consagración nos ayudará a eliminar el espiritualismo con que a veces hemos enmascarado nuestra vida religiosa, y a recuperar en ella la verdad de la encarnación en que se basa la fe cristiana. Es el mensaje de Mateo 25: "*Cuanto hicisteis en favor del más humilde de mis hermanos a mí me lo hicisteis*" (Mt 25,40).

El religioso educador puede decir, pensando en sus alumnos: "*Yo por ellos me consagro*", como Jesús por sus discípulos, según lo expresa en la llamada "oración sacerdotal" (Jn 17,19). Vivimos nuestra consagración motivada por los destinatarios de la misión, que en nuestro caso son nuestros alumnos especialmente, pero también los otros educadores con los que compartimos la misión y los padres de alumnos. Vivimos la esperanza de que en ellos pueda realizarse cada vez más el Reino de Dios, y esta motivación es estímulo para nuestra oración y santificación personal (cf. VC 39). Nos sentimos mediadores de Dios, de su amor, de su Palabra, y así se acrecienta nuestra responsabilidad para dar calidad a nuestra mediación.

Estamos dedicados a la búsqueda de Dios, como lo proclama nuestra consagración, pero es en "*los confines del mundo*" donde Dios está reclamando nuestra atención; es decir, lo nuestro es buscar las situaciones de pobreza, las que apartan la persona de su propia realización íntegra, las que tienden a marginarla del conjunto de la sociedad y de la historia.

En esas situaciones especialmente, Dios desea encontrarse con nosotros.

Es una tensión inherente a nuestra consagración religiosa la tensión que nos empuja hacia los confines del mundo, hacia los márgenes donde se agolpan los que son a la vez excluidos de la fortuna y preferidos del Reino. Esa tensión se traduce en *la opción preferencial por los pobres*.

¿Y quiénes son los pobres? Surge la pregunta e inmediatamente se desata la polémica, porque son muchos y muy diversos los factores que reclaman tenerse en cuenta. Pero la respuesta tiene siempre el riesgo de convertirse en una clasificación que es ajena al sentido evangélico. La opción preferencial por los pobres, en el caso del religioso educador, debe conducir a éste, no tanto a una clasificación de sus destinatarios, cuanto a incorporar en su mirada una dirección y una perspectiva:

* *Una dirección en la mirada*: Al encontrarse con el grupo de personas a las que es enviado, el grupo de alumnos, por ejemplo, sea cual sea la clase social a la que éstos pertenezcan, la mirada del religioso educador lleva en sí un dinamismo que la conduce a buscar entre el grupo aquellos que están más afectados por limitaciones o pobreza de diverso tipo: económicas, afectivas, psicológicas, intelectuales, morales... Y a partir de ellos establece sus prioridades, la dedicación de su tiempo y sus energías...

La dirección en la mirada debe incorporarla cada religioso a nivel personal, pero igualmente cada comunidad, la Provincia, la Institución entera, cada una en el campo que le corresponda. La dirección de la mirada determinará dónde se centran y a quién se dedican nuestros análisis más cuidados, los mejores esfuerzos, las personas más capaces, la renovación de las obras...

* *Una perspectiva o punto de mira* para contemplar la realidad. El educador muestra a sus alumnos una realidad social, histórica... pero ¿desde qué perspectiva? Enseñar desde la opción por el pobre marca una manera de contemplar la realidad, sean quienes sean los destinatarios inmediatos de nuestra enseñanza, y asume la intención de suscitar en éstos la solidaridad con los menos afortunados.

Igualmente esta perspectiva debe afectar a cada religioso en particular y ser comunicada en lo posible a todos los demás educadores que comparten la misión educativa; pero debe ser también una característica definitoria de todos y cada uno de nuestros proyectos educativos, de cada programa de asignaturas. Y debe convertirse en un criterio esencial a la hora de evaluar nuestras obras educativas.

Para que la opción por los pobres sea unificadora y armonizadora de la persona debe estar situada en un contexto de vida, en una tensión o ascesis que ha de caracterizar al religioso educador. Subrayemos estos rasgos:

* La atención a la persona individual, la importancia dada a las relaciones interpersonales. Es un rasgo que los Evangelistas resaltan en Jesús, simbolizado por el gesto de tocar al enfermo, tomar de la mano... El ministerio del religioso educador ha de incorporarlo de manera llamativa.

Por la manera de establecer nuestras prioridades en la dedicación del tiempo seremos signo para los demás educadores de que las personas son más importantes que los programas o los horarios, y que merece la pena "perder" el tiempo con ellos escuchando, acompañando,... especialmente a los más olvidados y marginados. Nuestra consagración religiosa nos convierte en portadores de esta *sobreabundancia de gratuidad y de amor* (VC 105) que experimentamos nosotros mismos en el trato personal y frecuente con el Señor. La castidad evangélica vivida en el celibato voluntario sustenta nuestra tarea educativa impulsándonos a amar a cada persona con un amor gratuito y respetuoso, y a ser para los jóvenes un signo de la paternidad misma de Dios.

* La capacidad de interrogarse y dejarse herir por la problemática ajena, por los gritos, a menudo silenciosos, de los niños y jóvenes, de sus alumnos. En la espiritualidad del religioso educador, que es una espiritualidad de la mediación, encuentra siempre un rico significado aquella escena del Éxodo, Moisés ante la zarza ardiendo. Lo mismo que Moisés, el religioso educador se descubre a sí mismo como *los ojos, los oídos y el corazón de Dios*. Su experiencia de fe es ésta: Dios es quien se conmueve en mi corazón ante estas situaciones de necesidad, y quien me envía a liberar a estos niños y jóvenes.

* El arte de discernir (cf *Instrumentum laboris* 34) que debe dominar toda su tarea educativa, para tratar a cada alumno en consonancia con su individualidad y ayudarle a descubrir y desarrollar sus talentos particulares. El discernimiento exige el acompañamiento personalizado, el diálogo y la escucha atenta del joven, lo que con frecuencia queda relegado a un puesto secundario por las tareas académicas y profesionales.

Y todo ello desde una visión "integral" de la persona y no sólo de una parte de ella como sería la faceta religiosa o la profesional. Esta visión global es la que nos permite estar en la escuela como en campo propio, no de prestado.

4. LAS METAS DE LA MISIÓN

"...Para dar la buena noticia..., anunciar la libertad..., dar vista..., liberar..., proclamar un año de gracia..."(Lc 24,18-19).

Dar la buena noticia, liberar, dar vista,... son metas realmente estimulantes para una misión. ¿Son esas las metas que orientan nuestro ministerio? Los muchachos que han acudido a nuestros centros educativos, ¿tienen el sentimiento de haber recibido una buena noticia que colma de sentido su vida? Y al integrarse en la sociedad, ¿llevan dentro el Evangelio como fuerza liberadora frente a las estructuras injustas? y sus ojos, ¿están abiertos para reconocer los valores que construyen la persona y saber discernirlos de todo aquello

que la degrada? y su ánimo, ¿es el de participar en el plan que Dios tiene de recomponer la equidad y la justicia a favor de los oprimidos?

La verdad es que estas metas tienen bien poco que ver con el mero cumplimiento de los programas académicos, con la simple promoción intelectual, y menos aún con la satisfacción de las expectativas que la sociedad de consumo y, frecuentemente, los padres de nuestros alumnos, tienen puestos en nuestros colegios.

Por el contrario, dichas metas estarán a la vista si nos tomamos en serio nuestro ministerio, que ha nacido en la Iglesia para contribuir a la salvación del hombre por la educación. Conocemos el rico significado que hoy tiene el término "salvación", referido a la persona entera, como individuo y como miembro de una sociedad, a su realización integral, que comienza en esta vida y culmina en la otra. Nuestros Fundadores lo intuieron, aunque la teología de su tiempo no se lo facilitara; supieron unir en un único proceso la formación humana y cristiana; así testimoniaban su fe en la encarnación de Dios en nuestro mundo. Sin duda que es, ante todo, cuestión de fe, y no podemos plantear nuestro ministerio con otra perspectiva diferente. Las metas de las que hablamos serán posibles sólo si Dios está presente en el proceso de la educación. Así lo creemos, y eso explica la dedicación de unas personas consagradas a esta actividad profana que es la educación; tan profana como sagrada, añadimos.

No es que nosotros pretendamos "llevar" a Dios a la escuela o introducirlo en el proceso de maduración de los jóvenes. Dios nos ha precedido, no lo llevamos nosotros. Nuestro carisma consiste precisamente en esto: en la capacidad que hemos recibido para descubrir a Dios en esta realidad humana de la educación, encontrarnos con Él y servirlo. Y, porque lo hemos encontrado, podemos señalarlo -como el profeta Juan: "*En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis*" (Jn 1,26)-, para que otros también puedan encontrarse con Él. Buscamos y encontramos a Dios en la cultura, donde el Verbo de Dios ha sembrado sus semillas (AG 11); sobre todo, lo buscamos y encontramos en las personas, en los pequeños, en aquellos que el mismo Cristo señaló como "sacramentos" suyos. Lo buscamos y encontramos en la creación que continúa en el proceso de crecimiento y maduración de niños y adolescentes.

Esta experiencia de búsqueda y encuentro es la fuente y el alimento de nuestra vida consagrada. Es el punto de partida para comenzar nuestra misión: "desvelar" a Dios ante los jóvenes y ante los demás educadores que comparten la tarea educativa, ser signos de la presencia creadora de Dios en el proceso de la educación.

Desde el principio de esta reflexión hemos subrayado la unidad entre consagración y misión, unidad que da lugar a nuestra identidad ministerial. En el momento en que estamos preguntándonos por las grandes metas de nuestra misión no caigamos en la trampa de dissociarla. No podrán ser diferentes de las grandes metas de nuestra propia consagración. Y en la medida en que acertemos a relacionarlas, en esa misma medida estaremos procurando encarnación y realismo a las metas de nuestra consagración, y estaremos consiguiendo autenticidad y credibilidad para las metas de nuestra misión. Lo dice de otra forma, muy bien lograda, el *Instrumentum laboris*, que me permito citar en todo el párrafo 23:

"Educar es participar en un proceso de personalización del alumno, con quien compartimos lo mejor de nosotros mismos. Significa entrar en una relación profunda, como la de Jesús con los suyos, sumamente exigente. No daremos sino en la medida en que *seamos y tengamos*. Es evidente, por tanto, que el ministerio escolapio comienza por nosotros mismos, por nuestra propia calidad personal, especialmente necesaria en estos momentos de falta de modelos de identidad. Se trata de que asumamos permanentemente como escolapios un proceso de propia personalización, base de toda acción evangelizadora."

Para nuestra presente reflexión podríamos sintetizar así las principales metas educativas de nuestro ministerio:

La primera: "poner en camino". Aunque parezca un poco contradictorio, aprender a vivir la vida como un camino es una auténtica meta de toda educación. La propuesta que hacemos desde nuestro ministerio corresponde a la experiencia de una vida como itinerario hacia Dios; la experiencia de búsqueda para descubrir los signos por los que Dios se hace presente; la experiencia de contemplación para calar en lo profundo de las cosas, de las personas, de los acontecimientos. En nosotros, los demás educadores y los alumnos han de poder descubrir el hábito de hacerse las preguntas más comprometidas, para encontrar las raíces más hondas de la vida.

Podemos decir que es algo específico de nuestro ministerio llevar a la escuela la pregunta, mucho más que la respuesta; preguntas que buscan los porqués, más que los cómo; preguntas que conduzcan al encuentro con el misterio de los seres y con el Misterio de Dios. Y no es una aportación que "se suma" a la actividad escolar. Es una manera global de entender el proyecto educativo, como el arte de poner a la persona en camino. Por eso nuestro proyecto educativo asume el reto de convertirse en proyecto evangelizador, y en ningún caso acepta el quedar reducido a un proyecto académico o a la aplicación de un programa de asignaturas.

Esta meta nos reclama la fidelidad a otra faceta próxima de nuestra identidad que debe repercutir sobre aquélla: el ser voz de la conciencia respecto de la cultura. Como educadores, hemos de escuchar con atención los interrogantes más hondos, las cuestiones más acuciantes que surgen en nuestro tiempo, y hacer que resuenen en la comunidad educativa ante alumnos y educadores. Y como interlocutores privilegiados entre la fe y la cultura procuramos aportar luz desde el Evangelio para encontrar respuestas válidas a los porqués de la vida o, al menos, para ampliar el horizonte en el que se buscan las respuestas.

No es sólo una aportación intelectual, sino existencial: sometemos a crítica los modos de vida que la sociedad de consumo hace deseables, y proponemos otros modos de estar en el mundo, libres de falsos dioses. Y damos valor a la propuesta con nuestra presencia caracterizada por la sencillez y simplicidad de vida, de tal forma que nuestra manera de vivir señale con claridad al Único que da fundamento y plenitud a la vida humana.

La segunda meta se refiere a un estilo de vida basado en la comunión, en la relación fraterna, en la solidaridad con los débiles... La propuesta se apoya en el signo de nuestra propia vida fraterna y en el proceso de comunión establecido con los demás educadores. Nuestro empeño es que el proyecto educativo gire en torno a la comunidad y la creación de comunidad: que la escuela se estructure y plantee como lugar de encuentro, de convivencia, de escucha, de comunicación... Pero al mismo tiempo, la perspectiva de todo el planteamiento es la opción por el pobre, la preocupación por el más débil, por el marginado.

Proponemos así un modelo alternativo de persona frente a una sociedad masificada, individualista e injusta. En el culmen de esta propuesta está la comunidad cristiana, como resultado de un proceso de iniciación que no es sólo aprendizaje de contenidos sino experiencia de la fraternidad cristiana.

5. LAS OPCIONES DEL PRESENTE

"Hoy se cumple ante vosotros esta profecía" (Lc 4,21).

La escena de Nazaret que nos ha servido de guía tiene como momento central aquel en que Jesús hace esta afirmación: *"Hoy se cumple ante vosotros esta profecía"*. Todo podía haberse quedado en una lectura evocativa, pero esta frase de Jesús lo cambia todo. A partir

de ese momento, unos le seguirán y otros se opondrán. Claro que tras esa frase de Jesús están los signos que él ha comenzado a dar a sus contemporáneos, signos de que la palabra que había leído podía y debía ser realidad en su persona y en el presente, y ése era el compromiso que hacía oficial ante aquella asamblea.

Al Capítulo General no le bastará recordar cuál es la identidad escolapia o en qué consiste el ministerio que se le ha confiado en la Iglesia. La asamblea que está en torno a él espera del Capítulo una palabra profética para este tiempo: la confirmación de que el carisma que ha dado origen a esta identidad y anima este ministerio se cumple hoy, está vivo en la Iglesia, integrado en la Iglesia-Comunión. Y tras esta afirmación deberá mostrar los signos que lo atestiguan. Los signos llegan en forma de opciones y de prioridades claras, de muestras de sensibilidad para nuevas necesidades y respuestas creativas para las mismas...

En esas opciones se intenta reproducir con valor y audacia la creatividad y la santidad del Fundador, que fue capaz de ofrecer a los pobres una escuela accesible, como signo del Reino y medio de salvación. Posiblemente, para dificultar que esos signos se muestren con fuerza profética aflorarán en nosotros diversos temores: tal vez, el de ser infieles al carisma original, o el de perder las muchas o pocas seguridades que todavía tenemos... No olvidemos que el carisma está puesto en nuestras manos como un impulso dinámico cargado de potencialidades. Estamos, sin duda, en uno de esos momentos históricos en que el carisma tiene que actuar fuertemente sobre el proyecto original para darle una nueva vida, para *refundarlo* en el nuevo *ecosistema* eclesial que nos toca vivir.

Por lo que se refiere a la misión educativa, tal vez esa palabra profética del Capítulo deba señalar la vitalidad que el carisma está generando hoy en los tres pilares que sostienen el ministerio educador:

-La persona del educador

El educador religioso necesita hoy aguzar su vista de centinela en el ambiente educativo: su capacidad de leer los signos de Dios en la historia y en el mundo, de reconocer las "semillas del Verbo" en la cultura y en los pueblos, de ver crecer el Reino de Dios allí donde todavía no se puede nombrar a Dios ni al Evangelio,... porque es él quien debe alertar a los demás de estos signos.

Todo ello se asienta sobre una sólida espiritualidad ministerial, una espiritualidad que se alimenta de la propia realidad educativa y no de devociones extrañas a ella. Y es fruto del cultivo de la contemplación, la cual enseña a ver las cosas y las personas como las ve Dios.

Esta dimensión está hoy fuertemente amenazada por la tentación del activismo, que vacía rápidamente a la persona de las motivaciones evangélicas y le impide contemplar la obra que Dios realiza en la educación de los jóvenes. Termina sustituyendo la búsqueda de Dios, principal objeto de la vida consagrada, por la búsqueda de sí mismo.

Y como un aspecto específico del ministerio, el religioso educador ha de constituirse como referencia de la búsqueda de Dios. Los jóvenes, pero también los propios compañeros de la comunidad educativa, necesitan encontrar en él, antes que un buen profesional de cualquier materia, un maestro y guía experto de vida espiritual (cf. VC 55).

-La comunidad

Para dar respuesta a la necesidad de esperanza y de sentido que tienen los jóvenes, y especialmente los pobres, necesitamos recuperar la comunidad y ofrecerla como un signo. Podemos afirmar que un aspecto fundamental de nuestra misión de consagrados en la educación es testimoniar la comunidad. Ese es el principal signo a partir del cual se podrán captar los demás. Pero es necesario que nuestras comunidades recuperen o reafirmen la calidad de su propia vida fraterna, den auténtica prioridad a la construcción de la vida interna de la comunidad, y en segundo lugar sean capaces de darle visibilidad.

El signo hay que comunicarlo y ampliarlo: ser artífices de comunión primeramente entre los educadores con los que se comparte la misión. Lo mismo que el fermento en la masa, asumimos como función irrenunciable de nuestra presencia en la escuela la formación y animación de la comunidad educativa; y dentro de ella, siempre que sea posible, la comunidad cristiana que integra a los educadores cristianos, religiosos y seculares.

-La obra educativa

"Se impone, pues, una reorientación para que volvamos a ser sal y luz, y el estilo calasancio pueda ser un claro denominador común en nuestras obras" (Instrumentum laboris n.72).

Las instituciones educativas escolares suelen exigir tal cantidad de medios y una organización tan compleja que tienen el riesgo de dejar de ser mediaciones y convertirse en finalidades. En la medida en que esto sucede, educadores y educandos pasan a ser clientes que se ordenan a asegurar la continuidad de la institución. Es necesario recuperar *la dinámica de lo provisional*, a la que se refiere el *Instrumentum laboris* n. 76; para ello se ha de enfrentar a los actores de la misión -religiosos y seculares- con las opciones desde las cuales se han de evaluar los centros educativos, para ver en qué medida son exponentes del estilo calasancio (ver *Instrumentum laboris* nn. 76 ss).

Pero al mismo tiempo es fundamental no cerrar la vista en las actuales obras, sino abrirla a las nuevas necesidades y proponer nuevas respuestas. Y que estas nuevas respuestas sean signo y referencia para las obras tradicionales.

CONCLUSIÓN:

El momento de tomar decisiones es especialmente difícil en un cambio de ciclo histórico como el que estamos viviendo. Y es entonces cuando debe estarse más atento a la fuerza del Espíritu contenida en el carisma fundacional que a la inercia de las estructuras o de las costumbres.

Las decisiones no pueden tener como primer objetivo prolongar el pasado sino dar respuestas a las exigencias del presente y, de esta forma, preparar y adelantar el futuro inmediato.

Como Institución religiosa, ustedes no han recibido la promesa de la supervivencia, pero sí el don del Espíritu: es lo único que Jesús les promete para que puedan cumplir la misión que les ha confiado en el presente que les toca vivir. Conscientes de ese don que es el carisma calasancio para la educación cristiana de la juventud, y con la fuerza de la fidelidad creativa, a ustedes les corresponde proclamar hoy ante la Iglesia que su Orden sigue siendo *Obra de Dios*, regalo para los jóvenes, especialmente para los pobres.